

## **EL INGENIO HIDRÁULICO DE LA FUENTE DE LOS LEONES DE LA ALHAMBRA**

Excelentísimas autoridades,  
Señoras y señores académicos  
Señoras y señores

La fuente de los leones es una hermosa y original combinación de escultura en piedra, agua convertida en juego y palabras indelebles que transforman todo ello en una compleja alegoría del poder del sultán. No es una fuente cualquiera, ni por su composición, ni por su ubicación. Situada en el centro de un espacio único, posee los atributos exactos para aprisionar todas las miradas y dejarse admirar. De hecho, es quizá la imagen más universal y sintética de la Alhambra. Imposible describir el patio sin la fuente que le da nombre; o concebir la fuente en otro entorno que no sea ese bosque de fustes rematados en complejas filigranas de estuco.

Esa suerte de feliz integración se manifiesta en los múltiples testimonios literarios; y es así como se ha representado desde que existe memoria gráfica de ella. Reproducida de mil maneras, la fuente pasó a ser desde el siglo XIX uno de los objetos más recurrentes para proyectar la imagen del conjunto monumental. Cabe explicar este papel de icono gráfico por la propia singularidad del objeto en el contexto del arte islámico, tan parco en manifestaciones escultóricas. En tanto que el elemento cuasi mueble, forma parte de esa reducida nómina de piezas que en su día poblaron y adornaron lo que ahora son estancias vacías. Del mismo modo que el jarrón de las Gacelas, la espada de Boabdil o la pila del Rey Badis, la fuente evoca la magnificencia pasada de unos espacios despojados en buena parte de su fastuosa ambientación.

Su fama se alimenta también de las lecturas, misterios y evocaciones contenidas en el conjunto ¿Qué mejor expresión podía encontrarse de la integración del agua y la materia pétreo? ¿Qué mensajes contenían las estrofas de Ibn Zamrak esculpidas en su taza? ¿Qué significados ocultos encarnaban los

esquemáticos leones? No sólo era objeto de singular y compleja interpretación, constituía también un espectáculo en sí misma, especialmente cuando el agua brotaba en todas las direcciones durante las representaciones hidráulicas en honor de visitantes ilustres o en señaladas conmemoraciones. La imagen de la fuente, una y mil veces repetida y difundida, contribuyó así a modelar y estimular la admiración por una Alhambra erigida en expresión modélica de lo oriental.

Tales circunstancias son acaso responsables de que una pieza tan singular acabase convertida en objeto preferente de la mirada y la representación pública. Para el profesional de la imagen que se acercaba a la Alhambra, su representación pictórica o fotográfica constituía un deber inexcusable; para el viajero o el turista, la pose ante la fuente de los Leones, o subido en ella, encarnaba la más nítida evidencia de su paso por el lugar. El patrimonio gráfico se alimenta en gran parte de estas preferencias a impulso de los gustos dominantes, pero sin que estos sesgos intencionados comprometan la riqueza de información que hoy aportan las imágenes resultantes.

Es más, hay que reconocer que, gracias a estas múltiples miradas episódicas y testimonios banales, conservamos hoy una secuencia de indudable valor documental, aunque tal cúmulo de testimonios ordenados en el tiempo acaben expresando en realidad una paradoja. Porque lo primero que llama la atención es que cada una de tales instantáneas constituían en su momento un homenaje a la intemporalidad e inmutabilidad de la fuente; pero situadas en su discurrir temporal, muestran en realidad la dinámica de una transformación. La suma de instantes detenidos de esos cientos de acuarelas, grabados, litografías y fotografías permite construir una secuencia histórica, ciertamente incompleta, pero documentalmente relevante, que nos informa sobre muchos cambios sobrevenidos en la fuente, tanto en lo que se refiere a sus componentes como a su funcionamiento.

Esas imágenes ordenadas en el tiempo permiten trazar un recorrido a través de sus mutaciones que constituyen el motivo central de un artículo redactado en colaboración con mi colega, el historiador Javier Piñar, que será publicado próximamente en la revista Cuadernos de la Alhambra. Con el título “La imagen cambiante de la fuente de los leones”, hemos pretendido demostrar en él

cómo una lectura crítica del patrimonio gráfico puede constituir un complemento valioso para completar o matizar aquellas informaciones que nos suministran las fuentes literarias y las evidencias arqueológicas. El ámbito de esta investigación, que aborda principalmente las transformaciones sobrevenidas desde el siglo XIX y el contexto intelectual e institucional en que se produjeron, hace imposible condensar su contenido en el ámbito de esta breve conferencia, de modo que me limitaré a fijar lo que es a la vez un punto de partida y una hipotética conclusión, esto es, la descripción de cómo funcionaba la fuente y cómo pudo ser su aspecto originario.

El patio ha tenido históricamente al menos dos fuentes: la que hoy lo preside constituye en realidad una versión profundamente transformada de aquella otra que, al menos desde el siglo XVII, había presidido el patio. Esta composición actual tiene su origen en una fecha tan cercana como 1966 y esa nueva fisonomía, que cuenta con tan solo cincuenta años de antigüedad, se encuentra ya instalada en la memoria visual pública del monumento y sancionada por su reciente restauración.

Cabría preguntarse qué razones y argumentos inspiraron una modificación tan radical y reciente, hasta el punto de vernos obligados hoy a hablar de la existencia de dos fuentes, en clara contradicción con ese marchamo de inmutabilidad y continuidad en el tiempo que suele caracterizar a los monumentos con nombre propio. Dar respuesta a esta cuestión nos llevaría a retrotraernos al siglo XIX y describir una polémica erudita acerca de su función primigenia y de la forma en que pudo ser concebida por el monarca nazarí Muhanmad V. Polémica ésta que dio lugar a posicionamientos irreconciliables e inspiró una decisión administrativa, como fue la alteración del aspecto y funcionamiento de la fuente entre 1945 y 1966. No tenemos tiempo para abordar estos detalles, pero les invito a una lectura reposada del citado artículo, escrito con el ánimo de reabrir un debate que fue entonces artificialmente cerrado por la vía de los hechos.

Pienso que el resultado final de esa controversia entre especialistas fue muy desafortunado porque el planteamiento estaba viciado de partida. La fuente

de los Leones es un objeto complejo en el que confluyen tres dimensiones difícilmente dissociables y estrechamente dependientes: su función o significado, esto es, la finalidad con la que fue concebida; en segundo lugar, su forma o aspecto, resultado de una combinación de piezas fabricadas con distintos materiales y dispuestas en una particular composición; por último, su funcionamiento, ya que el agua convive con la piedra y se desliza por el interior y exterior de esta escultura. No dudo que en la fuente de los Leones, como en toda obra de arte que se precie, tales variables se consideraron y ensamblaron originariamente de forma magistral.

Indudablemente, el significado inicial o función que se le asigne a la fuente como tal, ya sea religiosa, representativa o meramente decorativa, tiende a condicionar su forma y su funcionamiento, pero las posibles materializaciones de una idea pueden ser diversas y las interacciones entre función, forma y funcionamiento del ingenio hidráulico son variadas y sutiles. Si consideramos, por ejemplo, que la fuente fue concebida para realizar abluciones rituales, tendría sentido que su taza se ubicara a baja altura y que los juegos de agua se limitaran a un pequeño surtidor central. Pero existen otros posibles significados que darían lugar a soluciones formales muy distintas. Por otra parte, la forma o composición adoptada puede obligar a diseñar un sistema hidráulico adaptado a ella, obligando, por ejemplo, a desaguar por el interior del fuste para evitar que el desbordamiento del agua por los bordes de la taza dificulte la lectura de la banda epigráfica.

En definitiva, si consideramos la existencia de una coherente integración entre función, forma y funcionamiento, cualquier interpretación actual acerca de su significado y aspecto originario debiera sustentarse en el estudio de estas relaciones y en las piezas y mecanismos concretos en que se materializaban y se han conservado. Se trata de reinterpretar los datos en el orden adecuado, partiendo de las evidencias materiales que han sobrevivido para interrogarnos finalmente sobre lo que la fuente pudo significar en el siglo XIV y como pudo ser.

Decía anteriormente que el debate erudito iniciado en el siglo XIX estaba viciado de partida porque la premisa acerca de su función no era el resultado de

un estudio concienzudo de sus componentes y funcionamiento, sino una mera hipótesis convertida en verdad indiscutible. Al dar por supuesto que era una fuente de abluciones, todos aquellos elementos y mecanismos que contradijeran este aserto fueron considerados como no originales, justificando así la legitimidad de una intervención restauradora que perseguía recomponer la fuente a esa función primigenia. El eje del debate, por tanto, no fue explicar cómo era la fuente, sino cómo debería haber sido de acuerdo con una idea preconcebida.

No resulta fácil a estas alturas determinar cómo pudo ser su aspecto y funcionamiento originarios; y quizá tampoco esta es la cuestión más importante que debiera preocuparnos. Pero si es que hay una respuesta posible o razonable a esta cuestión, habrá de buscarse en los rastros arqueológicos y en los escasos, discontinuos y a menudo contradictorios testimonios documentales, incluyendo las informaciones que suministra la imagen histórica. Lamentablemente, el paso de los siglos ha supuesto modificaciones cuyo alcance no es del todo conocido y las restauraciones sobrevenidas en los dos últimos siglos nos han privado de muchas evidencias valiosas. Aún así, me atrevo a proponerles una imagen de la fuente que poco se parece a la que disfrutamos actualmente. No me atrevo a afirmar que coincida exactamente con la que ideó el monarca nazarí, pero sí que su disposición parece más acorde con lo que hoy conocemos acerca de su funcionamiento hidráulico. Y esa composición nos obligaría en el futuro a repensar su verdadera función en el centro de un palacio.

## DESCRIPCION

Para conseguir una mejor comprensión de los elementos integrantes de la fuente y su sistema hidráulico, les he facilitado una información gráfica orientativa que ayuda en la identificación de todos los componentes que en algún momento formaron parte de la misma, así como los sistemas de acometida y desagüe y los juegos de agua que se instalaron y de los que existe constancia gráfica. Sobre ella me basaré para intentar explicar qué elementos constituían este complejo mecanismo, cuál era su función y en qué momento se incorporaron o desaparecieron de la fuente.

El **Soporte central** es la única pieza, junto con el distribuidor de agua, que no está construida en mármol, sino en una caliza crema de extraordinaria dureza. Se trata de un cilindro de 170 cm de altura y 50 cm. de diámetro destinado a soportar por sí solo la gran taza. Se halla anclado en el terreno a una profundidad de 75 cm. sobresaliendo desde el nivel de suelo 95 cm. antes de que fuese desmochado. El soporte o fuste se remataba con una moldura o astrágalo en la zona de contacto con la base de la fuente, generando así una superficie total de apoyo de unos 57 cm de diámetro. Dicha moldura constituye una clara evidencia de la altura original del soporte, pero a raíz de la intervención de 1945-1966 fue destruida, al rebajarse el fuste en 26 cm. para reubicar la taza a menor altura. El interior del fuste cilíndrico se halla horadado longitudinalmente a lo largo de unos 120 cm, permaneciendo macizado el extremo inferior, que se ancla en el terreno. Esta perforación longitudinal generó un canal de acometida y desagüe de unos 8 cm. de diámetro, con estrechamientos puntuales del hueco que estarían en el origen de los atranques sobrevenidos en diversos momentos. El canal vertical enlaza en su base con otro perpendicular practicado en horizontal, permitiendo tanto la subida de las conducciones de plomo como la evacuación del agua a través de un canal subterráneo situado a unos 47 cm. de profundidad bajo la solera de la fuente.

No existe constancia de que dicho soporte fue renovado tras su instalación en el siglo XIV, deduciéndose que ha sido el único elemento inalterado del conjunto. Sí ha experimentado, en cambio, algunas modificaciones parciales, como la caja de registro abierta en 1624 en mitad del cilindro para poder acceder a la canalización interior y resolver los atranques que se producían.

**Leones:** El grupo de leones está constituido por doce esculturas de felinos labradas en mármol de Macael, con diferentes alturas en la coronación de sus lomos –arrojando descuadres de hasta 4,5 cm. entre el más alto y el más bajo- y diferente factura en la caracterización de sus rostros, si bien debieron ser esculpidos en un mismo momento, como atestigua la identidad del material utilizado y el hecho de que compartan idéntica veta vertical. Cada león cuenta con un orificio para la entrada de agua que asciende en vertical desde la pata delantera izquierda hasta la altura de la cabeza, conectando con otra perforación

horizontal practicada desde la boca, permitiendo así la salida del agua a través de un surtidor metálico adosado. Los doce leones se hallan conectados por su base al anillo de impulsión de agua que se sitúa bajo la solera de la fuente.

**Balaustres:** La conexión visual, que no el apoyo físico, entre los leones y la taza se solucionó mediante unos cilindros torneados o balaustres fijados con un perno metálico a los lomos de los leones y encajados en un cajado practicado en la base de la taza, de tal modo que podrían ponerse y quitarse abatiéndolos y sin necesidad de mover animales ni taza. Las diferencias de altura entre los leones debieron resolverse mediante la utilización de balaustres de diferente altura o insertando pequeñas piezas de regulación. Las imágenes de detalle más antiguas de la fuente permiten describirlos como piezas torneadas que adelgazaban su diámetro hacia la base, rematándose en su parte inferior con una bola precedida de una anilla decorativa. Este aspecto se halla documentado desde finales del siglo XVIII, si bien es muy posible que fuesen sustituidas las piezas primitivas por éstas en torno a esa fecha.

**Taza baja:** se trata de una gran pieza dodecagonal de 250 cm, de diámetro y 45 cm. de altura, con forma tronco piramidal invertida, sobre la que se rebajó el mar y se talló la epigrafía y decoración vegetal y geométrica de su cara exterior. El suelo de su mar constituye una superficie lisa, salvo en su parte central, donde se halla tallado un anillo para el encaje del distribuidor de agua y, en su centro, una perforación por donde entraban las canalizaciones de plomo para la acometida y se evacuaba el fluido. En la parte exterior del anillo se practicó un pequeño rebaje o sumidero que se continuaba con un canal de desagüe practicado bajo el anillo, conectando con el conducto interior del soporte central y facilitando así el vaciado total de la fuente cuando se necesitara.

**Distribuidor:** constituye un cilindro de piedra caliza de 39 cm. de diámetro y 33 cm. de altura, con superficies ligeramente cóncavo-convexas en su centro y decorado con anillos. Cuenta en su parte alta con dos líneas de perforaciones en circunferencia, con ocho agujeros cada una de ellas, siendo los inferiores de mayor diámetro y con un rebaje practicado para alojar el abocardado del tubo de plomo que converge en cada uno. Por el contrario, la circunferencia superior está

constituida por perforaciones de menor diámetro y sin conexión alguna con tuberías.

Aunque se han dado diferentes interpretaciones sobre la función de estos dos grupos de orificios, como se describe más adelante, parece claramente establecido que la circunferencia superior se destinaba al desagüe de la taza y la inferior tenía la función de alimentar los surtidores. El cilindro se halla ahuecado para facilitar la salida de agua y el paso de las nueve conducciones de plomo, ocho de las cuales se curvan en su interior para conectarse en horizontal con los respectivos agujeros. Su parte superior se halla también abierta, coronándose con un resalte perimetral sobre el que se asentaba la taza alta. Tal conexión debió completarse con anillos de plomo y quizá algún dispositivo metálico envolvente para asegurar la estanqueidad y la estabilidad de la taza alta.

Esta pieza es uno de los elementos más singulares de la fuente y, a la vez, menos conocidos. Se mantuvo oculta durante décadas bajo una gruesa capa de mortero y, felizmente, es posible admirarla hoy en el Museo de la Alhambra. Nos referiremos a ella más adelante.

**Taza alta:** constituye el componente más controvertido del conjunto y estuvo desde el principio en el centro de la polémica suscitada desde mediados del siglo XIX, cuestionándose su presencia en la fuente original, la calidad y antigüedad de su factura o ambas cosas a la vez. Se trata de una pieza labrada con forma de timbal, muy similar a la existente en el cuarto del Baño de Comares. Si es que no formó parte de la fuente diseñada por Muhammad V, lo que resulta incontestable es que al menos desde 1624 estuvo colocada sobre el distribuidor medieval y allí permaneció hasta 1945, momento en que fue desmontada y exiliada al jardín de los Adarves, que es su ubicación desde entonces. Hasta que eso no ocurrió, la taza contribuyó a potenciar el sentido ascensional del ingenio escultórico y su composición piramidal, constituyendo el soporte y primer escalón del potente surtidor de agua que tanto irritaba a los partidarios de la fuente de abluciones y de las aguas mansas.

La opinión instalada acerca de su naturaleza espuria justificaría finalmente su retirada, con total desprecio a cualquier asomo de duda y sin considerar que la



taza había formado parte del conjunto durante más de 320 años, un lapso de tiempo incluso mayor al que presumiblemente estuvo sin ella.

La pieza se sustentaba sobre el distribuidor medieval, contando con un rebaje en su base para alojar la cabecera del cilindro, lo que parece indicar que fue labrada –o adaptada- para soportarse sobre él.

El pie de la taza, al tener un diámetro algo mayor que el cilindro de sustentación, ocultaba a la vista el circuito de desagüe y, cuando el mar de la fuente se hallaba plenamente cubierto de agua, daba la sensación de flotar sobre su superficie; toda una sutileza estética, ya la hubiera concebido un andalusí decadente en el siglo XIV o un culto cristiano del XVI.

Contaba con un mar muy profundo en relación a su diámetro y se completaba con un surtidor distribuidor cilíndrico formado por tres piezas (dos cilindros inferiores y un distribuidor de factura similar al de la taza baja, pero de menores dimensiones y provisto de remate semiesférico. Del mismo modo que la pieza de la taza baja, servía tanto para alojar el surtidor como para desaguar, estando horadado en su interior.

Omito la referencia a la coronación decimonónica de la fuente, constituida por un surtidor de piedra que fue instalado en torno a 1835 y constituye por ello, la única adición verdaderamente documentada que experimentó la fuente.

**El circuito hidráulico** que suministraba el agua y la distribuía para activar sus diversas expresiones, tiene tanta importancia como la fuente misma en cuanto objeto escultórico. Y el cuidado por la conservación y correcto funcionamiento de las canalizaciones y el sistema de surtidores tendría que haber sido un objetivo prioritario de cualquier intervención. Sin embargo, el circuito hidráulico constituye la dimensión menos conocida y quizá más erróneamente interpretada, con el resultado de no haber sido asegurada su correcta conservación. Su descripción del circuito hidráulico obliga a contemplar la existencia de al menos cinco elementos constitutivos: sistema de aprovisionamiento y almacenamiento (acequia-aljibe); canalizaciones de acometida de agua y de desagüe; mecanismos de control del flujo; mecanismos de impulsión y, finalmente, mecanismos de expulsión (surtidores).

**Acequia-aljibe:** El funcionamiento de la fuente requería un caudal de agua constante y controlado y un aljibe de almacenamiento. Si el caudal disponible a través de un ramal de la acequia aseguraba la continuidad del flujo, la columna de agua contenida en el depósito determinaba adicionalmente la altura de los surtidores y la posibilidad de que la fuente funcionase en ausencia de agua en la acequia. La conexión acequia-aljibe-fuente aparece históricamente establecida y constituye una asociación lógica, en tanto que garantizaba el correcto funcionamiento del ingenio hidráulico. Cuestión distinta es que la misma se mantuviera de modo inalterado a lo largo de los siglos.

El aljibe, construido bajo el patio del Harén, servía tanto para el almacenamiento de agua proveniente de la acequia como para la captación de las pluviales, contando con un sumidero conectado con el patio. Constituye un receptáculo abovedado de 526 cm. de largo por 452 cm. de ancho y una altura útil para almacenamiento de agua de 340 cm, pudiendo contener hasta un total de 75 metros cúbicos. El depósito se encuentra a una distancia aproximada de 20 metros de la fuente, minimizándose con ello las pérdidas de presión. Cabe pensar que este esquema se mantuvo en el tiempo y se irían improvisando alternativas para afrontar las previsibles averías en el sistema, motivadas especialmente por atranques en las canalizaciones que recorrían esos veinte metros de separación. Esto pudo suponer que en ocasiones y durante largos periodos no llegara a existir agua en la fuente, bien por averías en la acequia, problemas de humedad y recalos en el aljibe o atranques en las conducciones. La acometida del agua a través de la acequia y el propio aljibe debieron perder su función a partir de 1906, una vez que la instalación del agua a presión hizo innecesario su uso.

**Canalizaciones de acometida y desagüe:** La conducción de atadores para el suministro de agua desde el aljibe recorre posiblemente la galería meridional del patio hasta la altura de la entrada a la sala de Abencerrajes, girando entonces 90 grados para discurrir bajo el andén y canal abierto que llevaba el agua superficial desde la sala al centro del patio. La existencia actual de una conducción de atadores de barro bajo éste viene a confirmar adicionalmente esta hipótesis. Una

vez alcanzada la solera de la fuente, la conducción en barro quedaría conectada a una gruesa tubería de plomo, donde se iniciaba el sistema de impulsión.

Los derrames de la fuente, por su parte, se canalizaban desde el extremo inferior del soporte central, conduciéndose a una arqueta situada al borde del canal que rodea los leones, entre los felinos 3 y 4. Desde allí, el agua discurría a través un conducto abovedado de fábrica de ladrillo y orientado en dirección noroeste, que se unía a otra conducción subterránea principal en sentido nortesur, que recogía el desagüe del aljibe, pasaba por las letrinas del patio y se dirigía en dirección al callejón de los leñadores.

**Mecanismo de control del flujo:** El caudal se regulaba mediante llaves de paso situadas cerca de la fuente. Una vez que el agua entraba en el circuito de impulsión en plomo, se derivaba en al menos dos ramales, uno de los cuales alimentaba el círculo o corona subterránea que suministraba agua a los leones, en tanto que el segundo la conducía hacia las tazas superiores. Uno y otro contaban con llave independiente, pudiendo regularse o cortarse el flujo manualmente utilizando unos alargadores de hierro. El mecanismo se ubicaba en una arqueta o cauchil situada en la solera de la fuente, entre los leones 6 y 7. Con este doble circuito era posible accionar la totalidad o parte de los surtidores, de modo que si se producía una avería en la zona superior de la fuente, era posible mantener activos los chorros que surgían de la boca de los leones. Otros mecanismos secundarios de control del caudal se situaban en la corona de surtidores de la taza baja.

**El Mecanismo de impulsión** estaba todo él construido en plomo. En su arranque consistía en un grueso tubo que en el interior del cilindro de piedra se bifurcaba en nueve conducciones de diámetro inferior, ocho de las cuales terminaban en el distribuidor y la central continuaba ascendiendo hasta alcanzar la taza alta. Todo el conjunto debía estar firmemente soldado e integrado, actuando como una sola pieza compacta para ocupar el mínimo espacio, al tener que dejar libre parte del canal interior como desagüe. Ya se ha señalado cómo todo el mecanismo contaba en su arranque con un único regulador de entrada de agua, de modo que

los surtidores de las tazas alta y baja funcionaban simultáneamente, si bien los segundos podían activarse o cerrarse a voluntad, al estar provista la corona de surtidores de unas llaves de corte propias.

El mecanismo de impulsión se completaba con dos grandes anillos o coronas de plomo que suministraban el agua a los doce leones y a los surtidores de la taza baja. El primero de ellos era subterráneo y enlazaba los conductos situados en la pata delantera de cada uno de los felinos. Al desconocerse este sistema de abastecimiento, durante siglos se pensó que el agua de los leones procedía de la almacenada en la fuente y se canalizaba hacia los mismos a través de los balaustres. Constituye otra de esas leyendas sin fundamento relacionadas con la fuente.

El anillo superior se situaba en el interior de la taza baja, permaneciendo a escasos centímetros bajo la superficie del agua cuando su mar estaba lleno y, por lo tanto, invisible al espectador, que solo apreciaba sus efectos. El mecanismo estaba constituido por ocho radios provistos de sendas llaves de regulación, confluyendo en un amplio círculo de plomo que alojaba los surtidores propiamente dichos.

No es posible precisar la antigüedad de este objeto, pero puede confirmarse su existencia al menos desde comienzos del siglo XIX, cuando es posible deducirlo a partir de los juegos de agua representados en algunos dibujos y litografías. No obstante, constituye el elemento acaso menos conocido de la fuente y ningún estudio hace referencia al mismo, dado que sería retirado en torno a 1860. Su forma y características pueden apreciarse en algunas escasas fotografías localizadas recientemente y datadas en fechas anteriores a 1860 (Oppenheim 1852, Lorent y Beaucorps 1858) que, al haber sido tomadas desde una posición más alta, muestran el interior de la taza y su contenido.

Un circuito de plomo de estas características, sujeto a atranques periódicos y a las inclemencias meteorológicas, debía ser una pieza frágil, que posiblemente se reparó y modificó a lo largo del tiempo, sin que pueda descartarse incluso que sus juegos de surtidores también variaran. Pero, con

independencia de ello, lo que parece evidente es que, ya se tratara de ese mismo dispositivo u otro similar, debió existir en origen. Ya se ha comentado cómo todo el mecanismo de impulsión de ambas tazas funcionaba simultáneamente, de tal modo que tanto el alto surtidor central como los ocho conductos de salida del distribuidor recibían el agua a la vez. Teniendo en cuenta la presión en el circuito y la existencia de unos orificios de alimentación de mayor diámetro que los de desagüe, si hubieran sido utilizados como surtidores horizontales para la salida libre del agua, habrían provocado unos chorros horizontales de tal potencia que impactarían sobre las paredes interiores de la taza, provocando un incontrolado desbordamiento de agua. Para regular ese flujo, el circuito habría de contar con llaves de control del caudal, ya estuvieran situadas en los propios radios o en las bocas de salida. En el dispositivo conocido, estas llaves se situaban en el centro de los radios, que a su vez quedaban encastrados en las bocas del distribuidor.

**Surtidores:** Consideramos como tales todos aquellos artificios de salida de agua y eyectores contruidos en metal, que podían generar chorros con diferente grosor, altura y orientación. Los surtidores más bajos se localizaban en las bocas de los doce leones, que habitualmente generaban un chorro de trayectoria parabólica descendente.

El surtidor central constituye, junto con los chorros de las bocas de los leones, el espectáculo hidráulico más estable en el tiempo y más descrito. Se refieren a él, por ejemplo, Baldasare Castiglione (1526) y Pedro de Medina (1548), que lo describe como un “golpe de agua muy grande”. Aun constituyendo uno de los artificios más llamativos de la fuente, el surtidor difícilmente podía alcanzar la altura que le asignan algunos viajeros y dibujantes, al estar limitada por la columna de agua existente en el aljibe. Su cota máxima vendría a coincidir aproximadamente con el vértice de los arcos de mocárabes de la fachada frontal de los templetes; es así como aparece representado, por ejemplo, en la magnífica fotografía de Charles Clifford tomada en el otoño de 1862, cuya visión puede ser el modo más eficaz de marcar la diferencia entre una fuente donde el agua era parte del espectáculo y esta otra que podemos admirar actualmente, conteniendo un agua mansa y tecnológicamente regulada.

No puedo sino terminar esta conferencia señalado que estoy convencido que las respuestas a los interrogantes acerca del significado de la fuente de los Leones y su original disposición están escritas en sus propias piedras, en los versos grabados sobre el mármol y en las conducciones de plomo que circulaban en su interior. Cuestión distinta es que sepamos interpretarlas de forma adecuada. Lo que les he propuesto, por ello, es una hipótesis más a la vista de numerosas evidencias. Muchas gracias por su atención.